

EL RETO DE ESCRIBIR SOBRE DIOS

Escritores jesuitas jóvenes

Sabemos que dos libros fueron fundamentales en el proceso de conversión de San Ignacio, el *Vita Christi* y el *Flos Sanctorum*, leídos durante su convalecencia en Loyola tras la herida de Pamplona. A Ignacio la iconografía lo representa siempre con otro libro en las manos, el de los *Ejercicios Espirituales*. Los libros pueden transformar y sostener vidas. Por eso han sido siempre fundamentales no sólo en la Compañía de Jesús sino en la historia de la Iglesia. Y sigue siendo un reto hablar de Dios con los lenguajes de hoy, un reto nada sencillo al que también dedican parte de su tiempo algunos de los jesuitas más jóvenes de nuestra Provincia. Alberto Cano, que hace sus estudios de teología en Boston; David Cabrera, sacerdote que trabaja con jóvenes en Madrid; Álvaro Zapata, estudiante de teología en Madrid y Daniel Cuesta, sacerdote joven destinado en Santiago de Compostela, nos hablan en este artículo de esa misión tan importante, la de escribir hoy sobre Dios.

ALBERTO CANO, SJ

Escribir es, para nosotros, intentar hablar de la Palabra con nuestras pequeñas palabras. Por eso los libros han estado tan presentes desde los inicios de la Compañía de Jesús, como parte de su misión, de su servicio y de su ministerio de la Palabra (en este caso escrita). Pero a veces me pregunto: ¿tiene sentido seguir escribiendo en papel hoy? Pues creo que, de alguna manera, los libros nos permiten recuperar también ahora tres imprescindibles de nuestra vida creyente.

Primero, nos ayudan a pensar la fe. En el tiempo de las emociones, escribir –y leer– nos recuerda que con nuestras palabras podemos ir entendiendo cada vez más eso en lo que creemos. Que es importante aprender a sentir a Dios, sin duda. Pero que resulta igualmente clave pensar en Dios... y pensar a Dios. O, en otras palabras, que necesitamos llevar el pensamiento de lo religioso al mismo nivel en el que pensamos otras dimensiones de nuestra vida.

Segundo, los libros nos invitan al sosiego. En la época de lo inme-



diato, son una invitación al reposo de las ideas, a reconocer que muchas veces necesitamos pensar con más calma para hablar con menos rotundidad. Porque lo primero que pensamos no es siempre lo correcto, ni lo verdadero, ni lo bueno, ni lo mejor. Porque, de hecho, ni siquiera es siempre lo que nos gustaría decir. La pluma es entonces ese colchón entre lo que me surge de inmediato y lo que de verdad quiero decir.

Por último, escribir –y leer– nos permite dialogar con otros. Al escribir, uno va dejando en tinta algo de lo que es. Pero, sobre todo, se expone a quienes generosamente lo quieran leer. Y por eso escribir es también abrirse a esa relación in-

visible que genera la lectura; tejida entre la aprobación y el desagrado, entre la ayuda y la frialdad, entre la crítica y el aplauso.

Por eso creo que, como jesuitas, tiene razón de ser seguir escribiendo en tantos formatos que hoy se presentan a nuestro alcance, también en papel. Porque sigue teniendo sentido hablar de Dios, pensar a Dios y decir de Dios. Asumiendo que, cuando lo hacemos, apenas balbuceamos.

Eso es lo que intentamos modestamente al publicar, junto con otra gente, sobre salud, sanitarios y pastoral. Ojalá mediante este ministerio podamos ayudar a hacer de la fe algo relevante para la vida de mu-

chos. Y que sea siempre para mayor gloria de Dios.

DAVID CABRERA, SJ

Y la Palabra se hizo carne y letra...

San Ignacio tiene una expresión que a mí me parece muy sugerente: *el discurrir de los pensamientos*. Soy muy dado a darle vueltas a las cosas: pensarlas, reflexionarlas, orarlas, ponerlas en diálogo... En un momento de mi historia como jesuita se me dio la oportunidad de poner en palabras aquellas cosas que me ron-

confrontas con el miedo a la hoja en blanco. A ordenar las ideas que surgen para darles forma. En mi caso, me ayuda pensar en quién lo puede leer y desde ahí, dejo que fluya la escritura. Siempre con el deseo de que se me entienda. El lenguaje coloquial pero profundo es muy importante. Descubrir medios que realmente acerquen a la gente a Dios y les cuestione amablemente por dentro. Cuando lo religioso ya no está en escena y los planteamientos que surgen de la fe parecen menos relevantes, que estemos un

conversaciones y de la escucha. Uno dedica mucho espacio de la agenda a encontrarse con gente y es ahí donde surgen palabras que tienden a compartirse.

ÁLVARO ZAPATA, SJ

La memoria necesita soporte físico. Incluso en nuestro mundo de nubes y servidores, al final del cable siempre acaba habiendo algo sólido, tangible, que guarda los recuerdos que vamos enviándole. Para mí este es el punto de inicio de mi tarea de escribir sobre Dios. Conservar el recuerdo de mi propia historia de salvación, lo que me ha ido ocurriendo y cómo he ido reconociendo el paso de Dios por mi vida. Lo cierto es que el 90% de lo que escribo sobre Dios no es para publicarlo, ni lo escribo para otros, sino como recuerdo físico, negro sobre blanco, de mi propio seguimiento.

Y si comienzo por compartir esta experiencia personal es porque para mí es en ella en la que arranca mi tarea de escribir para otros, primero fue en *espiritualidadignaciana.org*, luego y hasta ahora en *pastoralsj*. En estos dos sitios he tratado ante todo de repetir el modo de escribir de mi día a día, pero en lugar de pensando en mi propia historia, pensando en la historia de Dios en el mundo, en cómo mucho de lo que nos pasa día a día puede ser reinterpretado si lo miramos con los ojos de la fe, con la mirada de Dios. Intentar entrar en esa mirada sobre el mundo me ha ayudado a ensanchar mis horizontes e intentar no hacer mucho caso a mis juicios monolíticos sobre la realidad.

Signe sorprendiéndome que alguien me reconozca por algo que he escrito. Incluso que alguien sea capaz de adivinar que soy el autor de



daban el interior. Ciertamente hoy, el mundo está necesitado de palabras que sean provocativas en positivo. Lo que nosotros, como jesuitas, podemos aportar no son escritos de una gran fama pero sí de una profundidad que anime a adentrarse en la experiencia interior.

Me siento afortunado por tener un pequeño espacio donde compartir algunas de estos pensamientos que discurren. No solo en pequeñas reflexiones en el ámbito digital, sino en un libro de papel más sesudo y teórico o en artículos de cierta investigación... Todos ellos nacen con el deseo de ayudar a otros a acercarse a la experiencia de Dios en la vida.

No es nada fácil. Cuando tienes que escribir un texto siempre te

grupo de jesuitas atrevidos a ofrecer reflexiones fuera de lo común es todo un ejercicio de valentía. Uno sabe que el alcance no es excesivo, pero no pierdo la fe de que suceda como con una explosión: que la onda expansiva de las palabras llegue a muchos rincones.

El reto que tenemos por delante es ir hilvanando palabras que tengan que ver con la realidad de las personas y con la hondura de la fe. Para mí, una de las grandes empresas es ofrecer la espiritualidad de San Ignacio y su gran riqueza a la gente. Me siento llamado profundamente a compartir la vivencia de Dios entretejida con la vida que cada día voy viviendo. Es curioso, muchas de las palabras nacen de las